

Universidad de Concepción. Y ella, dentro de sus medios, superando la buena voluntad de estimular y propiciar siempre las obras de cultura, ha instituído premios para honrar las artes y las ciencias.

La Universidad de Concepción sigue arraigándose en el alma nacional, con muestras cada vez más efectivas del espíritu que anima a los hombres que allí trabajan «por el desarrollo libre del espíritu».

### El Premio Nacional de Literatura

La recompensa máxima que el Gobierno de la República otorga, cada año, a uno de los hombres que más se han distinguido en el cultivo del arte literario ha recaído esta vez en Pedro Prado, fino poeta y prosista que ha realizado un arte singular tanto por el acento personal que supo infundirle, como por la rebeldía que manifestara al iniciar su obra con «Flores de Cardo», en que rompía entre nosotros todas las formas tradicionales de la poesía.

Amante de los símbolos, de las parábolas y de las divagaciones desconcertantes, en las que de pronto asomaba una reflexión filosófica, o la pincelada del pintor que no puede eludir el influjo de la naturaleza, Pedro Prado, dentro de su manera de ser, excepcional como artista, ha ido creando un arte que tiene sin duda alta jerarquía, pero que dentro de sus ocultas resonancias e inesperados matices, da la sensación del poeta que oscila entre la prosa y el verso. Un tono místico, a veces humorista e irónico como en «El juez rural», simple y claro como la canción de un árabe en el desierto o el sermón de un monje que mira a los pájaros y a las montañas en sus poemas de «Los pájaros errantes», dan carácter y fisonomía inconfundible a la voz del poeta.

Y esta vena de poesía se mantiene a lo largo de toda su creación en prosa; refinada, un poco extática y absorta, como si olvidara el mundo real para sumergirse en el de su imaginación. Porque la creación en Prado es como un fenómeno de inmersión en su propio yo, y la belleza de su obra tiene, de consiguiente,

esta abstracción y luego la fuga hacia el horizonte. Son alas siempre tendidas hacia el ensueño, pero que evitan la realidad con su drama intenso o su alegría frenética. El símbolo con sus sugerencias le atraía y sus concepciones más hermosas no pueden escapar al sortilegio que en ellos encuentra su espíritu. Sensaciones, melodías tenues, evanescentes reflexiones que tienen esa bella irrealidad de los estados oníricos, dan a la obra de Prado esa originalidad que mantiene desde mil novecientos ocho, cuando publicara su «Flores de cardo».

El poeta vive retirado en la solariega casona de un barrio suburbano en donde ha creado y ha soñado muy cerca de la naturaleza, que suele humanizar las voces más rebeldes. Pedro Prado ha cincelado lentamente su obra, y, como aquellas viejas destiladeras que en la sombra de los corredores campesinos van dejando caer, gota a gota, el agua purísima que se filtra en la piedra, su arte tiene una alquitarada esencia espiritual y el encanto de una serenidad que sólo se siente herida cuando «el otoño de las dunas» le hace evocar una ráfaga de sol primaveral, que después se diluye en el azul de un cielo que no alcanzó a mostrar su colorido más fascinador.

Pedro Prado fundó aquella sociedad tan renombrada que se llamó «Los Diez». Artistas, pintores, escultores, poetas formaron parte de ella. Publicaron revistas, editaron libros, quisieron edificar una torre en donde vivirían aferrados a sus líricas empresas. Los músicos de Los Diez harían melodioso el aire de esa torre. Fué uno de los gestos románticos de la gente del novecientos. Luego Prado ha escrito otros libros de versos. Ha vivido sin necesidad de apresurar su concepción y su estirpe de poeta, se ha sustentado en ese remanso interior, en el curso profundo de sus emociones.

En esa casa solariega, en donde tal vez él mismo fué un «Juez rural», lo encuentra el Premio Nacional de Literatura. Ajeno a cenáculos, a estridencias y ostensibles vanidades, el autor de «La

*casa abandonada» ha debido asomarse a su jardín, en donde además de las flores de exquisito perfume que allí se cultiven, habrá quizá alguna de esas «flores de cardo», cuyos vilanos, ingrátidos viajeros del espacio, llevan siempre en los días de la primavera un mensaje de poesía y de ensueño.*